

---

## TERCERA PARTE.

---

### I.

¡Por fin Buteau había conseguido ya apoderarse de aquellas tierras tan codiciadas, que había rechazado durante dos años y medio con rabia mezclada de deseo, de rencor y de obstinación! Él mismo no sabía por qué se había empeñado en hacerse el desdeñoso cuando estaba rabiando por firmar el acta de las particiones, teniendo sin duda que lo engañasen y no pudiendo encontrar consuelo al ver que no era único poseedor de la herencia, de las primitivas diez y nueve tahullas que ahora se hallaban repartidas entre tantos poseedores. Desde que había aceptado su parte sentía la satisfacción de una gran pasión, la feroz alegría de poseerla; y una cosa duplicaba ese gozo: la idea de que su hermano y su hermana resultaban robados ahora, puesto que su lote había alcanzado mayor valor por la construcción de la nueva carretera. No se los encontraba en ninguna parte

sin burlarse de ellos y sonreír entre maliciosos gritos diciendo:

—¡La verdad es que los he fastidiado bien!

Y no era eso todo. Triunfaba también á causa de su boda, tanto tiempo aplazada, porque su mujer le aportaba otras dos hectáreas de tierra que estaban junto á su lote; porque ni siquiera se le ocurría la idea de necesaria partición de lo que era de las dos hermanas, ó por lo menos la imaginaba en una época tan lejana, que esperaba encontrar antes de entonces la manera de sustraerse á esa obligación. Tenía, contando la parte de Francisca, ocho tahullas de tierra de labor, cuatro de prado y unas dos y media de viña, y las conservaría: antes que quitárselas le arrancarían el corazón, y sobre todo, no soltaría el pedazo que lindaba con la carretera que tenía ahora unas tres tahullas. Ni su hermano ni su hermana tenían nada semejante, y hablaba de ello henchido de orgullo y de satisfacción.

Pasó un año, y todo él, como primero de la posesión, fué para Buteau un goce no interrumpido. Jamás cuando había trabajado en haciendas de otro, había labrado tan á conciencia y tan hondo porque ahora la tierra era suya y quería profundizarla y fecundarla hasta el corazón. Por las noches volvía á su casa rendido. En Marzo escardaba sus trigos, en Abril las avenas, multiplicando sus cuidados y prodigándose verdaderamente. Cuando la tierra no exigía ya más trabajo, iba á ella sólo para contemplarla como un enamorado contempla á la mujer objeto de su pasión. Daba una vuelta, se agachaba y cogía un puñado de tierra, un terrón que se complacía en deshacer

y en echar al suelo, considerándose feliz si no lo encontraba ni demasiado seco ni demasiado húmedo y lleno de promesas de una buena recolección.

Así la Beauce exhibía su verdura á sus ojos desde Noviembre á Julio; desde el momento en que aparecían los primeros frutos verdes hasta que lucían las mieses sus dorados reflejos.

Sin salir de su casa podía gozar de aquel espectáculo, porque había quitado las maderas y los cristales á la ventana de la cocina que daba á la llanura, y allí se colocaba, porque sus ojos distinguían diez leguas de campo, una sabana inmensa. Ni un árbol, nada más que los postes telegráficos de la carretera de Chateaudun á Orleans, alineados á lo lejos hasta perderse de vista. Primeramente, en los grandes cuadros de obscura tierra, no se veía más que una sombra verdosa apenas perceptible. Luego, de verde, se acentuaban los tonos casi uniformes. Después los tallos subían y se espesaban; cada planta tomaba un tinte distinto; Buteau distinguía á lo lejos el verde amarillento del trigo, el verde azulado de la avena, el verde gris del maíz, multitud de manchas extendidas en todas direcciones hasta el infinito.

Era la época en que la Beauce muestra toda su belleza juvenil, vestida con su traje de primavera, rizada y fresca á la vista, á pesar de su monotonía. Los tallos crecieron más, y entonces fué aquello la mar, la mar de cereales, inmensa, profunda, sin límites. Por las mañanas, cuando hacía buen tiempo, todo lo envolvía una ligera neblina. A medida que el sol subía, con la atmósfera límpida soplaban ráfagas regulares, una brisa deliciosa-

mente refrescante para los campos, que arrancaba del horizonte y se prolongaba hasta morir en el otro extremo. Continuamente una ondulación de los trigos y los maíces sucedía á otra ondulación; aquello era un eterno flujo y reflujo sin interrupción.

Buteau durante el mal tiempo contemplaba también aquella inmensa Beauce que se extendía á sus piés, de la misma manera que el pescador contempla desde la orilla del mar revuelto la tempestad que le roba el pan. Veía una terrible tormenta; y un día vió llegar una tromba de agua á seis leguas de distancia; al principio una nubecilla ligera, luego una masa bramadora que se acercaba á un galope de monstruo; luego detrás el destrozado de las cosechas, una huella de tres kilómetros de anchura de destrozos sin cuento. Sus tierras no habían sufrido nada, y lamentaba el desastre de los otros con estremecimientos de íntima alegría, y á medida que iba subiendo el trigo iba aumentando su placer. Ya había desaparecido de la vista el islote que formaba á lo lejos un pueblecillo próximo. Ya no se veían más que los techos de la Borderie, que á su vez fueron sumergidos poco después. Sólo se veía un molino con sus aspas que permanecía en pie como si fuese una ruina. Por todas partes trigo, la mar de trigo, invasora, desbordada, cubriendo la tierra con la inmensidad de su verdor.

—¡Ah! ¡demonio!—decía todas las tardes al sentarse á la mesa;—si el verano no es muy seco, vamos á tener mucho pan.

En la casa ya se habían instalado definitivamente. El matrimonio había tomado la sala gran-

de del piso bajo, y Francisca se contentaba con el antiguo cuarto de su padre, blanqueado de nuevo y provisto de una cama, de una cómoda vieja, de una mesa y de dos sillas. Francisca seguía cuidando las vacas y haciendo la misma vida de antes. Sin embargo, en medio de aquella calma aparente dormitaba una causa de disgusto: la partición de los bienes de las dos hermanas, que había quedado en suspenso.

Al día siguiente del matrimonio de la mayor, el viejo Fouan, que era el tutor de la menor, había insistido para que se hiciese la partición, á fin evitar después inconvenientes. Pero Buteau se había opuesto: ¿para qué? Francisca era muy joven y no tenía necesidad de su tierra. ¿Había cambiado algo? Ella vivía en casa de su hermana como antes; la alimentaban, la vestían; en fin, que no podía quejarse. A todas estas razones el viejo movía la cabeza: nunca se sabía lo que podía suceder; lo mejor era tenerlo todo arreglado; y la misma joven insistía, quería saber cuál era su parte, aunque la dejase al cuidado de su cuñado. Este, sin embargo, venció al fin. No se habló más de ello, y reinó la alegría, viviendo muy unida la familia.

En los primeros diez meses no hubo cuestión entre las dos hermanas ni en el matrimonio; pero al cabo se rompió la buena armonía. Primero malos humores, luego las palabras duras: *lo tuyo* y *lo mío* rompió al fin la amistad.

Verdaderamente Elisa y Francisca no se querían con la gran ternura de otros tiempos. Nadie las encontraba ahora enlazadas por la cintura, envueltas en el mismo mantón, paseando al obscu-

recer. Había entre ellas una frialdad creciente. Desde que había allí un hombre, le parecía á Francisca que le habían robado á su hermana. Ella, que antes participaba de todo con su hermana, no tenía su parte en aquel hombre, que había venido á ser la cosa extraña, el obstáculo que llenaba el corazón donde antes había vivido sola. Por lo demás, cuando Buteau besaba á su hermana, ella se alejaba sin besarla, como si alguien hubiera bebido en su vaso. En materia de propiedad tenía ideas de niña, muy apasionadas; esto es mío, esto es tuyo; y pues que su hermana era de otro, ella la abandonaba y quería lo que era suyo, la mitad de la tierra y de la casa.

En aquella cólera de Francisca había otra causa que ni ella misma habría podido decir. Hasta entonces, helada por la viudez del tío Monche, la casa, donde no se amaba, no había tenido para ella ningún aliento de pasión. Y he aquí que la habitaba un macho, un macho brutal, habituado á atropellar á las muchachas en cualquier parte. Ella lo sabía todo, enseñada por los animales, y estaba irritada. Durante el día prefería salir para dejarlos hacer sus porquerías á sus anegas. Por la noche, si comenzaban á bromear al concluir de cenar, gritábales que esperasen á que ella hubiese fregado la vajilla. Y se iba á su alcoba, fuera de sí, cerrando las puertas violentamente y murmurando entre dientes:—¡Cochinos, cochinos!—A pesar de todo, creía oír y comprender todo lo que sucedía debajo de ella. Con la cabeza metida entre las almohadas y la sábana subida hasta los ojos, ardía de fiebre, con los oídos y la vista llenos de alucinaciones, sufriendo sublevaciones de su pubertad.

Lo peor era que Buteau, al verla tan preocupada con estas cosas, le gastaba ciertas bromas. Y bien: ¿qué es lo que ella haría cuando se encontrara en aquel caso? Elisa también se reía, no encontrando en ello ningún mal. Y él entonces explanaba sus ideas sobre el asunto: puesto que Dios había proporcionado á todos este placer que no costaba nada, era permitido apurarlo hasta saciarse. ¡Pero nada de chiquillos! ¡De esto no había necesidad! Cuando no se estaba casado se hacían muchas tonterías. Eso es lo que había pasado con Julio, una verdadera sorpresa que no habían tenido más remedio que tragar. Pero al casarse se hacía uno serio y se castraría antes que hacer otro. ¡Gracias! ¡para que haya otra boca más en la casa, ahora que hay poco pan! Así andaba con mucho cuidado con su mujer, porque, añadía riendo, que él trabajaría mucho, pero nada de sembrar. Trigo, sí; mucho trigo, todo el que el vientre de la tierra pudiera parir; pero nada de chiquillos; esto había concluido para siempre.

Y en medio de estos continuos detalles, de todas aquellas cosas que ella veía y oía, las turbaciones de Francisca iban en aumento. Pretendíase que su carácter cambiaba, que cedía á humores inexplicables, con cambios continuos de la alegría á la tristeza. Por la mañana seguía á Buteau con una sombría mirada cuando él, sin preocuparse de nada, atravesaba la cocina medio desnudo. Entre ella y su hermana estallaban frecuentes disputas por tonterías, porque acababa de romper una taza: ¿qué, no tenía ella la mitad en aquella taza como en todo? Estas disputas sobre propiedad producían odios que duraban muchos días.

Lo peor fué que Buteau cedió también á un humor execrable. La tierra experimentaba una horrible sequía; hacía seis semanas que no había caído ni una gota de agua, y volvía á su casa con los puños apretados, malo, al ver las cosechas comprometidas, el maíz enfermizo, la avena raquítica, los trigos estropeados antes de espigar. Sufrió positivamente, como los mismos trigos, lleno de malestar y rabia. Así, una mañana se enredó con Francisca. Hacía calor y se había dejado la camisa abierta y el calzón desabrochado, después de haberse lavado en la pila; y como se sentase para comer la sopa, Francisca, que le servía, exclamó muy colorada:

— Métete esa camisa; esto es asqueroso.

El estaba de mal humor y se arrebató:

— Qué, ¿has acabado ya de examinarme?..... No mires, si esto no te gusta..... ¿Tantas ganas tienes, que siempre estás pensando en lo mismo?

Francisca se puso más colorada y comenzó á murmurar, mientras que Elisa añadía:

— Tiene razón; ya nos estás fastidiando..... Véte, si es que no ha de poder uno estar con libertad en su casa.

— Sí, me iré— dijo airadamente Francisca, saliendo y dando un portazo.

Pero al día siguiente Buteau se tornó conciliador y amable. Durante la noche el cielo se había encapotado, y desde las doce caía una lluvia fina, tibia, penetrante, una de esas lluvias que regeneran los campos: Buteau había abierto las ventanas, y estuvo allí desde la madrugada mirando caer el agua, radiante de alegría, con las manos en los bolsillos, repitiendo:

— Ya estamos salvados, pues que el buen Dios trabaja para nosotros. Estos días de holgazanería valen más que aquellos en que se rompe uno el alma sin provecho.

Lenta, suave, interminable, la lluvia seguía cayendo, y él oía á la Beauce beber, aquella Beauce sin ríos y sin fuentes. Era un gran murmullo, un gorgoteo universal que producía bienestar. Todo absorbía y se mojaba, todo reverdecía. Los trigos recobraban una salud de juventud, irguiendo sus espigas, que iban á henchirse rebotando harina. Y él, como la tierra, como las mieses, bebía por todos sus poros refrescado, curado, volviendo á plantarse delante de la ventana para gritar:

— ¡Anda, anda!..... ¡Caen monedas de cien sueldos!

De pronto oyó que alguien abría la puerta; volvióse, y tuvo la sorpresa de reconocer al viejo Fouan.

— ¡Calla, padre! ¡sois vos!..... ¿Venís de coger caracoles?

El viejo, después de cerrar un gran paraguas azul, entró, dejando los zuecos en la puerta.

— ¡Famoso chaparrón!— dijo sencillamente. — Falta hacía.

Hacía un año que la partición había sido definitivamente concluida, firmada y registrada, y no tenía otra ocupación que la de ir á ver sus antiguas tierras. Encontrábasele siempre rondando alrededor de ellas, interesándose, triste ó alegre, según el estado de las cosechas. Aquella lluvia también le alegraba á él.

— ¿Venís á vernos, al pasar?— preguntó Buteau.

Francisca, callada hasta entonces, se adelantó y dijo con voz muy clara :

— No, es que yo he rogado á mi tío que venga.

Elisa, de pie delante de la mesa, dejó el trabajo que estaba haciendo y esperó como frunciendo el entrecejo. Buteau, que al pronto había apretado los puños, volvió á sonreirse, resuelto á no incomodarse.

— Sí — dijo lentamente el viejo — la pequeña ha hablado ayer conmigo.... Ya véis si yo tenía razón al querer arreglar los asuntos en seguida. Cada uno lo suyo, sin incomodarse; al contrario, esto impide las cuestiones.... Ahora hay que hacerlo. Está en su derecho al querer saber qué es lo que le pertenece.... De modo que vamos á fijar un día é iremos todos juntos á casa del señor Baillehache.

Pero Elisa no pudo contenerse más.

— ¿Por qué no llama á los gendarmes? Cualquiera diría que la robamos.... ¿He contado yo acaso, por ahí fuera, que no tiene por dónde cogerla?

Francisca iba á contestar en el mismo tono, cuando Buteau, que la había cogido por detrás como para jugar, exclamó:

— ¡Vaya, tonterías!.... Se disputa, pero no deja uno de quererse ¿verdad? Entre hermanas no hay cuestiones.

La joven se había desprendido con una sacudida, y la disputa iba á comenzar de nuevo, cuando todos lanzaron una exclamación al ver abrirse la puerta.

— ¡Juan! ¡Y viene hecho una sopa!.... En efecto, Juan que había venido de la granja á la carrera,

como hacía con frecuencia, no había echado más que un saco sobre sus hombros para defenderse, y venía chorreando, pero riéndose. Mientras que se sacudía, Buteau, que había vuelto á la ventana, se alegraba más á cada momento ante aquella lluvia interminable.

— ¡Oh! ¡cae que es una bendición!

Después, volviéndose:

— Llegas á tiempo. Estas dos se iban á comer....

Francisca quiere hacer las particiones para abandonarnos.

— ¡Cómo! ¡esta chiquilla! — exclamó Juan sobrecogido.

Su deseo se había convertido en una violenta pasión oculta, y no tenía otra satisfacción que verla en aquella casa donde era recibido como amigo. Veinte veces la hubiera pedido en matrimonio, si no se hubiera considerado muy viejo para ella; pero aunque esperaba, no desaparecía aquella diferencia de quince años; en los campos aquello era un obstáculo tal, que nadie parecía sospechar que él pensase en ella; ni ella misma, ni su hermana, ni su cuñado. Por esto le recibía ésta tan cordialmente, sin temor á las consecuencias.

— ¡Chiquilla! esta es la verdadera palabra — dijo encogiéndose de hombros de un modo paternal.

Pero Francisca, con la vista en el suelo, se obstinaba.

— Yo quiero mi parte.

— Eso sería lo más prudente — murmuró el viejo Fouan.

Entonces Juan la cogió dulcemente por las mu-

fiecas y la atrajo hacia sí; y teniéndola así, con las manos temblorosas al contacto de su piel, hablaba con voz alterada, á medida que la suplicaba que se quedase. ¿Adónde iba á ir? ¿á casa de algunos extraños, á Cloyes ó á Chateaudun? ¿No estaba mejor en aquella casa donde se había criado, entre gentes que la amaban? Ella escuchaba y se enternecía á su vez, porque aunque no pensaba en ver en él un amante, acostumbraba á obedecerle gustosa, parte por amistad y parte por respeto, encontrándole muy serio.

—Yo quiero mi parte—repetía ella algo quebrantada;—solamente que no digo que me irá.

—Pues bien, tonta—intervino Buteau,—¿qué vas á hacer con tu parte si te quedas? Lo tienes todo como tu hermana, como yo; ¿por qué quieres la mitad? ¡Vamos, es cosa para morirse de risa!..... Oye bien. La partición se hará el día que te cases.

Los ojos de Juan, fijos en ella, vacilaron como si su corazón hubiera desfallecido.

—¿Lo oyes? El día de tu matrimonio.

Ella no contestaba, turbada.

—Y ahora, mi pequeña Francisca, vé á abrazar á tu hermana. Esto será lo mejor.

Elisa no era mala, y lloró cuando Francisca se colgó á su cuello. Buteau, encantado de haber arreglado el asunto, dijo que había que beber un trago. Trajo cinco vasos, destapó una botella y fué á buscar otra. La faz curtida del viejo se había coloreado, mientras que explicaba que para él lo primero era el buen orden y el deber. Todos bebieron, mujeres y hombres, á la salud de todos los presentes.

—Es bueno el vino—exclamó Buteau, dejando sobre la mesa ruidosamente el vaso,—todo lo que queráis; pero es mejor ese agua que cae.... Miradla cómo sigue cayendo.... ¡Qué hermosa!

Y todos delante de la ventana, desvanecidos en una especie de éxtasis religioso, miraban caer la lluvia, lenta, interminable, como si hubieran visto bajo aquella agua bienhechora crecer los hermosos trigos verdes.

## II.

Un día de aquel verano, la vieja Rosa, que se sentía débil, y cuyas piernas flaqueaban, hizo venir á su sobrina Palmira para fregar la casa. Fonan había salido, como de costumbre, á dar una vuelta por los sembrados, y mientras que la miserable, de rodillas, calada de agua, se reventaba frotando, la otra la seguía, hablando siempre de las mismas historias.

Hablóse de la desgracia de Palmira, á la que pegaba ahora su hermano Hilario. Sí, aquel inocente, aquel enfermo se había vuelto malo; y como no conocía las fuerzas de sus puños, capaces de romper las piedras, temía ella siempre que se metiera nadie en ello, y llegaba á calmarle con la ternura infinita que guardaba para él. La semana anterior había habido un escándalo del cual hablaba todavía todo Rognes; un estrépito tal, que los vecinos habían acudido y le habían encontrado sobre ella haciendo atrocidades.

—Díme, hija mía—preguntó Rosa para pro-